

Partir de los jóvenes en su contexto personal y social

A partir del texto "El Sistema Preventivo de Don Bosco", del P. Fernando Peraza Leal

Este texto tiene como objetivo el brindar una visión sintética de algunos de los principales fundamentos del Sistema Educativo de Don Bosco: la centralidad de los jóvenes, el optimismo pedagógico y una visión cristiana de la sociedad.

Son algunos temas que hacen a la pedagogía salesiana, no en forma completa, pero sí como rasgos sobresalientes de la misma, siempre teniendo en cuenta la perspectiva histórica dentro de la cual los mismos se dieron en tiempo de Don Bosco.

SUMARIO

1. Los jóvenes.
2. Las metas educativas del Sistema.
3. De la "prevención" al "optimismo educativo".
4. De la nostalgia de una sociedad que se iba, a la utopía de una nueva sociedad.

1. LOS JÓVENES

El joven es el sujeto educativo que polariza toda la acción formativa.

El joven es considerado dentro de su concreta "condición juvenil". Así es como el educador debe asumirlo, para poder darle una respuesta adecuada y oportuna según sus necesidades y sus justas aspiraciones, sobretodo en el momento en el cual deba hacer las opciones fundamentales de las que va a depender su vida, y los compromisos humanizadores y cristianos que lo hagan protagonista dentro de los futuros procesos de cambio de la sociedad y de la iglesia en el campo de la justicia y de la solidaridad humana.

Se trata de una verdadera "inculturación" en su mentalidad, en su típico modo de ser y de expresarse en determinado ambiente geográfico y en concretas circunstancias históricas.

P. Edigio Viganó, siendo Rector Mayor de la Congregación, afirmaba en San José de Costa Rica el 15 de febrero de 1979:

"Nosotros Salesianos nos lo decimos con palabras como estas: CONOCER, AMAR, ESTAR CON LOS DESTINATARIOS. Estar con los destinatarios para conocerlos y amarlos... Un primer conocimiento que es amor, discernimiento de las culturas, teniendo en cuenta la evolución histórica en la que actuamos y la perspectiva del futuro que se vislumbra".

Es oportuna esta aclaración hecha por el P. Arrupe a la Compañía de Jesús el 14 de mayo de 1978:

"... para dejarnos transformar por la inculturación no bastan las ideas ni el estudio. Es necesario el "shock" de una experiencia personal profunda... Ahí está, por ejemplo, el inmenso mundo de los jóvenes, a los que servimos en nuestros colegios, parroquias, comunidades de vida cristiana, centro de espiritualidad, etc

Pertenecen a una cultura que es distinta de la que muchos de nosotros, con esquemas mentales, escalas de valores y lenguaje (especialmente el lenguaje religioso) no siempre fácilmente inteligible. Es difícil establecer la comunicación con ellos. En cierto sentido somos "extranjeros" en su mundo".

Los jóvenes: **ante todo los más pobres y necesitados**, dadas sus carencias fundamentales y la inminencia de los peligros de toda índole a los cuales puedan verse enfrentados.

Así se expresan a este respecto las Constituciones de los Salesianos de Don Bosco: *“El Señor indicó a Don Bosco, como primeros y principales destinatarios de su misión, a los jóvenes, especialmente a los más pobres. Llamados a esa misión, nos percatamos de su extrema importancia: los jóvenes viven los años en que hacen opciones de vida fundamentales, que preparan el porvenir de la sociedad y de la Iglesia. Con Don Bosco **reafirmamos nuestra preferencia por la JUVENTUD POBRE, ABANDONADA Y EN PELIGRO**, la que tiene mayor necesidad de ser querida y evangelizada, y trabajamos, sobre todo, en los lugares de mayor pobreza”*.

Precisamente son estos jóvenes los que dan a la Pedagogía salesiana su característica “popular” y cuya urgencia y multiplicidad de instancias inspiran un peculiar dinamismo e iniciativa y una oportuna agilidad en las respuestas educativo-pastorales.

De esta creatividad y oportunidad, exigida por las necesidades mismas de los jóvenes, habla el mismo texto constitucional, aludiendo al ejemplo de Don Bosco, quien dijo: *“En lo que se refiere al bien de la juventud en peligro... yo me lanzo hasta la temeridad”*.

Dentro de este grupo humano se destacan los jóvenes trabajadores, los “aprendices” y “artesanitos” de la primera hora del Oratorio con los que Don Bosco plasmó una de las más originales facetas de su pedagogía.

Nuestro Sistema Educativo lleva en sí mismo esta como *“inclinación congénita”* propia de la Vocación Salesiana: “una tensión de simpatía hacia la realidad social e histórica del mundo obrero” y la necesidad de adentrarse en él, con una adecuada Pedagogía del Trabajo que capacite a los jóvenes no sólo para afrontar positivamente los problemas que puedan poner a prueba los derechos y la dignidad misma de su persona y la vivencia y expresión de su fe cristiana, sino para hacerlos agentes, dentro de las concretas posibilidades de su vida social, de una civilización más humana y rica en fermentos y valores evangélicos.

El P. Viganó enfatiza así nuestro compromiso pastoral al respecto:

“La conflictiva realidad del mundo del trabajo “es un reto apasionante para nuestra labor educativa y nuestra catequesis explícita... Nos resulta ineludible aceptar este desafío, por arduo y exigente que nos parezca. Debemos sentirnos llamados para ir a colaborar, con humildad, pero con mucha esperanza, en la creación de una nueva y verdadera cultura del trabajo. Lo que significa esfuerzo permanente de información, discernimiento y confrontación crítica sobre cuanto nace y produce en él superando toda ignorancia sistemática y toda actitud rutinaria y superficial. Una cultura del trabajo, asumida con conciencia educativa no puede quedarse en palabras bonitas; sino traducirse en metodología práctica. Es decir que se concrete en orientaciones formativas que unan preparación técnica, visión humanista de la existencia y proyecto cristiano de vida”.

2. LAS METAS EDUCATIVAS DEL SISTEMA

Las metas educativas del Sistema fueron enunciadas con aparente simplicidad por Don Bosco, pero el alcance de las mismas es dentro de contenidos y proyecciones.

Don Bosco habla de FORMAR AL BUEN CRISTIANO Y AL CIUDADANO HONESTO, ÚTIL A LA RELIGIÓN, A “LA FAMILIA Y A LA PATRIA”; y lo dice en un momento de violentos cambios político - religiosos que afectan no sólo su inmediato medio piamontés, sino toda la cultura europea y de Occidente.

La originalidad de Don Bosco está en acentuar el hecho educativo, el crecimiento personal en su totalidad, y **haber relacionado las opciones de fe a las que llegue el joven en este proceso, con sus compromisos civiles**, a los que lo lleva su misma conciencia cristiana.

Se trata, entonces, de un “humanismo” visto en plenitud desde la óptica de fe desde la que está llamado a comprender y a realizar la plenitud de su “vocación humana”, por la que está llamado en Cristo a ser “hijo de Dios” y hermano universal de su prójimo.

3. DE LA “PREVENCIÓN” AL “OPTIMISMO EDUCATIVO”

El concepto de “prevención” manejado por Don Bosco no es de carácter puramente “asistencial” y “protectivo”. Sin dejar esta óptica, que responde a situaciones que la hacen muchas veces imprescindible, tiene a la “capacitación” para superar los factores negativos que pueden destruir a la persona. Es “promocional”.

La intervención educativa que mira a “impedir” la experiencia nociva, evitándola, neutralizándola o contraponiendo a ella motivaciones y respuesta de carácter reactivo, liberador y terapéutico, se proyecta hacia la estimulación de dinamismos constructivos de la persona, de sus dones y posibilidades en vista de un protagonismo siempre mayor de carácter comunitario y social. Todo lo que incluye Giancarlo Milanese en el concepto de “promoción social” del joven, que **es su capacitación en todos los órdenes de su personalidad, sobre una profunda base religiosa y moral.** Y promoción concebida, no aisladamente, sino dentro del universo de iniciativas que buscan superar todo tipo de “marginación” de los grupos humanos de jóvenes víctimas del descuido y del abandono y, muchas veces también, de la explotación productiva en el contexto preindustrial (1840-1880) piemontés.

Con esto se esclarecen las ambigüedades y prejuicios sobre los términos usados por Don Bosco y acerca de algunas situaciones suyas, tomadas tal vez fuera de contexto. Por ejemplo, acusaciones de paternalismo, de sentido fatalista sobre la moralidad, del que se derivaría un pesimismo educativo; de desconfianza, de superprotección del educando.

El propósito pues, de Don Bosco, no es solamente “prevenir”, en un sentido negativo. Es decir, “evitar” lo dañoso que haya en las situaciones y en el ambiente externo para que el joven no sufra detrimento y daño de su libertad y en sus inclinaciones espontáneas. Es hacerle tomar conciencia y ayudarle para que él mismo se defienda de las posibles agresiones del ambiente.

Pero, además, Don Bosco pasa a proponer metas, a impulsar procesos de crecimiento, aún en el caso de quienes se hubiesen demostrado vulnerables o ya marcados por algunas experiencias “delincuenciales”. Por el contrario, estos últimos, necesitan una atención inmediata y más solícita por parte del educador, antes de que las lesiones recibidas y los estados de ánimo desmotivadores y, aún, tendenciales que se les puedan crear, los precipiten en mayores peligros.

El camino de la delincuencia, y las mismas formas a las veces de promiscuidad y de contagio inmoral en los medios carcelarios, muchas veces los incapacitan casi por completo a una rehabilitación ya tardía. A raíz de la experiencia tenida en las prisiones de Turín, Don Bosco pudo constatar cómo en muchachos mayores de 18 años los estragos del mal eran prácticamente irreparables. Por eso mismo los jovencitos caídos ya en experiencias consideradas como dignas de reclusión, ocupaban un puesto prioritario en su trabajo “preventivo”. Más que nunca se imponía entonces una atención pastoral y educativa inmediata.

En sus Memorias del Oratorio se vuelve casi un “ritornello pastoral”: “ante todo los muchachos que están en las cárceles”; “especialmente los muchachos salidos de las cárceles”.

A la base de esta actitud y comportamiento pedagógicos y pastorales, **hay en él un concepto “optimista” del hombre.** El realismo de las constataciones negativas que tuvo, no lo alejó de la

confianza en las posibilidades de recuperación de sus “pobres muchachos”. Esta radicaba en una visión antropológica positiva, en una experiencia de fe que abría su corazón a la esperanza: “Como Jesús toleraba la ignorancia y la rudeza de sus discípulos y a los pecadores, aún con el escándalo de quienes lo observaban, así nosotros no perdamos la esperanza, no la fe en el porvenir de nuestra labor educativa”.

Optimismo antropológico objetivo y de fe en las reservas y posibilidades humanas y espirituales del sujeto educativo; así sean ante todo esos muchachos tan endeble y vulnerables en un medio social, contaminado por el racionalismo anticlerical y ya testigo de la explotación laboral de las empresas manufactureras.

El pequeño emigrante rural tan amenazado y a la vez tan desprotegido en el extraño contexto urbano de ciudades como Brescia, Turín o Milán, podía realizar los ideales que el sacerdote, “su sacerdote”, había palpado para él en el primero de sus “sueños”: de suerte que de animal salvaje, tenía derecho a volverse un día oveja del rebaño y aún pastor, con Don Bosco, de la grey en peligro, que a éste, desde pequeño, Dios le había confiado.

Así es como según la pedagogía de Don Bosco **el educando siempre puede reencontrar en sí recursos personales** que puestos en juego, juntamente con la “gracia”, lo lleven a superar las limitaciones y condicionamientos deshumanizantes y a proponerse y alcanzar nuevas metas de superación y de conquista.

En esto Don Bosco es “práctico”. Su optimismo no es ingenuo; está fundamentado en la experiencia y en la fe. Sabe cuánta precariedad hay en la condición juvenil, sus caídas y sus inconstancias. Pero también constata que existen en ella reservas de bondad incalculables, capacidad de rehabilitación y de enmienda, de reacción y plenitud, no obstante los fallos cometidos, o los condicionamientos internos o exteriores que amenacen su libertad.

La biografía de Miguel Magone parece ser una tesis sobre este optimismo teológico de su pedagogía. El camino que el adolescente recorre después de su “conversión” está lleno de dinamismo, de alegría, de sensibilidad por todos los valores que se le proponen, de aspiraciones. Don Bosco mismo parece ser sorprendido ante las reacciones apasionadas del muchacho en su búsqueda insaciable de Dios.

El discípulo, después de los primeros encuentros en Valdocco, responde a sus insinuaciones, vive los sacramentos, busca la “santidad” en forma decidida, sin miedos “rigoristas”, sin “crisis escrupulóideas” respecto a un pasado que con el acompañamiento y el estímulo de su maestro espiritual, ha dejado atrás para siempre.

Ahora sigue una senda de novedad que polariza todas sus energías y sus objetivos: la vida cotidiana y del deber tiene sentido en ese compromiso de “perfección cristiana”; el don que hace a Dios de su castidad le da una libertad definitiva en su entrega al bien y la felicidad del prójimo, en su camino de unión y amistad con Dios.

La devoción mariana es más bien la contemplación del camino que la Virgen le muestra con su vida dedicada toda a Jesús, y la compañía de una madre y maestra. **La misma muerte no logra quitarle la paz, el sentido de lucha, de donación a los demás y de alegría.** Cuando está para encontrarse con ella no hace sino invitar a todos, a Don Bosco, a sus compañeros y amigos, a su mamá, a que piensen en el paraíso en donde se reencontrarán para siempre.

En fin, el optimismo educativo de Don Bosco está:

- En que él cree que el joven desde las circunstancias en las que se encuentre, puede emprender un camino de perfección cristiana si de veras se decide a secundar el llamamiento del espíritu;

- En poner más énfasis en el dominio interior y en la obediencia que en las mortificaciones exteriores que humillan el cuerpo; en confiar más en el amor y en la comprensión que en la dureza.

En un registro que Don Bosco guardaba en su liturgia de las Horas se leía: **“aprovecha lo bueno, cambia lo deforme; cultiva lo que es bello, cuida lo que te hace bien, apuntala lo débil”**.

Su pedagogía está llena de valores y tiene su expresión más característica en la “fiesta”. Se puede decir que todo lo que sirve al crecimiento de los jóvenes, tiene un puesto entre los objetivos de su pedagogía. Es parte de la visión optimista de la vida y de la educación. La fiesta era como una de las maneras concretas más adecuadas de la psicología juvenil, para realizar uno de sus axiomas pedagógicos: “Está alegre”.

En efecto la fiesta amalgamaba lo humano y lo divino, el cuerpo y el espíritu: todos los valores, sin prejuicios jansenistas. No cabía el “rigor” ni la desconfianza cuando celebraba la filiación o la amistad con Dios y con el prójimo, los dones de la vida, la experiencia del Señor, la filiación o la amistad con Él, que generaban filiación y fraternidad espiritual en la “casa” del Oratorio, y que creaba un clima de relaciones de “familia”.

En las fiestas proverbiales del Oratorio **entraban todas las riquezas personales** y se evocaban y rehacían las tradiciones de la cultura popular. Un caso es la presencia en Valdocco de “Giandua”, el personaje burlesco piamontés que encarnaba el ingenio campesino y la crítica política urbana en la época del Resurgimiento Italiano.

El juego, el teatro y la música pertenecen al lenguaje pedagógico de la fiesta usado por Don Bosco, pero también la oración y la liturgia.

4. DE LA NOSTALGIA DE UNA SOCIEDAD QUE SE IBA, A LA UTOPIA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

Don Bosco, hijo ante todo de la Restauración Católica, ante los violentos cambios ideológicos y políticos llevados a cabo por las corrientes liberales de la segunda parte del siglo pasado, vuelve la mirada nostálgica sobre todos a los valores religiosos y morales que habían constituido el alma misma de la tradición piamontesa.

Don Bosco era hijo de experiencias. Las virtudes que inculca a sus educandos **habían sido ya vividas por él** y sobre ellas se fundamentaba la conciencia cristiana de su generación.

Pero Don Bosco camina con la historia y sabe abrirse prácticamente a los nuevos valores “democráticos” de la Italia Unida y de la Europa Republicana. Lo hace poco a poco, sin precipitaciones ilusorias, constatando los hechos negativos de la revolución liberal que opone a la fe y a la piedad populares el filosofismo sectario de la Europa Moderna.

Por otra parte Don Bosco advierte que el estremecimiento socialista que llega hasta las fronteras del norte de la Península, tiene razones profundas **en las injusticias de la era industrial** y que las reivindicaciones obreras no iban a ser pasajeras dadas las causas que las generaban como reacción, según lo atestigua un célebre texto del primero de sus biógrafos, Juan Bautista Lemoyne:

“Fue él uno de los pocos que comprendieron desde el principio, y lo dijo mil veces, que el movimiento revolucionario no era una borrasca pasajera, porque no todas las promesas hechas al pueblo eran deshonestas, y muchas respondían a las aspiraciones y libertades debidos a los proletarios. Deseaban conseguir igualdad para todos, sin distinción de clases, mayor justicia y mejora de las condiciones de vida.

Vea, por otra parte, que las riquezas empezaban a convertirse en monopolio del capitalismo sin entrañas de compasión; que los amos imponían al obrero, aislado y sin defensa, contratos injustos sobre salarios y duración de la jornada; que la santificación de las fiestas era con frecuencia totalmente imposible, y que todas estas causas debían surtir los tristes efectos de la pérdida de la fe de los obreros, la miseria de sus familias y la adhesión a las máximas subversivas”.

Ese precisamente va a ser el porvenir conflictivo que espere a los obreritos que salgan de los talleres del Oratorio para ganarse con el trabajo la vida en las fábricas manufactureras, y luego en las empresas industriales de Italia después de los años setenta.

A esta nueva alternativa social y política Don Bosco propone una alternativa pedagógica.

Lo dice explícitamente en París, en el 1883, cuando su visita despierte plebiscitarios homenajes de fe, que algunos suspicaces estadistas juzgaron por lo menos demagógicos y quisieron ver ligados a intereses políticos:

“Nuestra política no es la de ligarnos a un partido político. Nosotros queremos ayudar al bien de la sociedad, educando a los jóvenes, particularmente a los que por ser los más pobres y desvalidos pueden caer en la delincuencia y ser un peligro para el orden y la paz ciudadana y una deshonra para sus familias.”

Ante el progresivo distanciamiento y contraposición entre religión y política; ante la desmoralización y laicización de la clase obrera, Don Bosco plantea con una lógica contundente, nacida de su profunda experiencia de hombre de fe, **la educación cristiana de la juventud**, y particularmente de aquella que entra a integrar las fuerzas dialécticas del trabajo. Su objetivo social: la búsqueda de una **“civilización cristiana”**, dice él mismo en el Boletín Salesiano del 10 de enero de 1886. Es decir una nueva cultura y civilización **“construidas por un pueblo laborioso, austero y sabio”**.

Una pedagogía que **“eduque y evangelice”**, como lo planteaba también a sus misioneros de América. **Evangelizar educando** es la fórmula que ha llegado a interpretar la síntesis pedagógica y doctrinal de su pensamiento y de su praxis educativa. Es decir, evangelizar promediando a la persona en todas sus virtualidades, sus dimensiones y valores. Es la óptica “sacerdotal” de la que parte. Pero en la práctica, es en el **proceso de promoción integral del muchacho, a partir de sus necesidades primarias**, en donde se inserta el anuncio del mensaje cristiano y la experiencia de la fe.

Al educar al obrero piensa en hacerlo capaz de realizar con inteligencia un oficio, un arte manual, una profesión; pero, ante todo, **con una conciencia cristiana que lo haga no solamente practicante de deberes religiosos, sino testimonio en medio de la sociedad**, y agente también de los procesos de cambio que se iban verificando en forma irreversible en la Italia contemporánea, nacida políticamente en la década de los años 1870.

Puede ser que en forma subyacente la memoria de un modelo de sociedad cristiana, vivido por él desde la infancia hasta el comienzo de su ministerio, formen un punto de referencia algo nostálgico, pues implicaba reconocer los procesos de “laicización” no sólo política sino cultural del pueblo italiano.

Los aspectos de la “religiosidad católica” que habían pertenecido a la misma identidad cultural de la “nación moderna”, se diluían en los postulados del liberalismo de Estado y en la crisis de conciencia del pueblo. Un patrimonio familiar y social se había dilapidado: el temor de Dios, el respeto a los mayores, la honestidad en el desempeño de las funciones públicas, la pérdida de aliciente y estímulo para las vocaciones al sacerdocio; el acato de la autoridad, el reconocimiento de la dignidad del ministerio pastoral del Papa y de los obispos... Una especie de borrasca amenazaba con arrasarlo todo, escribe en sus Memorias del Oratorio, refiriéndose a la revolución del 1848. Los efectos de esos cambios radicales y violentos eran por entonces “imprevisibles”,

según afirma. Estos acontecimientos habían llegado a estremecer el mismo Oratorio, en el que Don Bosco quedó solo, con sus jóvenes, una vez que, imbuidos en ideologías políticas subversivas, sus mismos colaboradores eclesiásticos lo hubieran abandonado, después de dispersarle a sus muchachos.

Ahora Don Bosco llega a una síntesis entre valores fundamentales del hombre y sus opciones de fe. Es su “alternativa” de educador “creyente”, a la realidad social y política diversa que ahora emerge. Acoge las nuevas características de los nuevos tiempos en una convencida clave cristiana y vuelve a proyectarse hacia otras utopías en las que él confía se habrá de reponer la esperanza de un algo diferente que él apoya en un tipo de cristiano que sea un ciudadano de bien, para los tiempos de la nueva cultura democrática e industrial, a la que pueda aportar su mentalidad de fe y sus capacidades profesionales.

Don Bosco **con una actitud de fe superaba los pronósticos “amargos” que ofrecía una sociedad “descristianizada”**. El futuro mejor, era algo que se podía desear, pero no esperar de suyo, del proceso de laicización racionalista, fruto del liberalismo doctrinal del Estado y de la empresa privada. Sin embargo, esto mismo exigía un compromiso más responsable y creativo: ánimo, hay mucho que hacer, y algo podemos todos aportar, así sea una piedrecita para el nuevo edificio.

Ahora estaba comprometida la responsabilidad del cristiano que tendría protagonismo electoral y derechos civiles en un estado liberal, y que en la maraña de las ambiciones capitalistas, tendría que comprometerse con los pobres en el mundo de la justicia social.

Don Bosco vislumbra la realización de su proyecto sobre todo por obra de quienes, viviendo en las mismas realidades familiares, económicas y sociales del mundo, podían llevar a la misma interioridad de estos el fermento de su pensamiento pedagógico y de su espíritu.

Así dice a sus Cooperadores: “UNANSE EN EL CAMPO DE LA ACCIÓN Y ACTÚEN”.

Y en su testamento: “Les recomiendo la educación cristiana de la juventud, pero de un modo especial, el cuidado de los jovencitos pobres y abandonados, que fueron siempre la porción predilecta de mi corazón”.

Es espontáneo que vuelvan aquí las palabras dichas por él en 1884 a sus Exalumnos: USTEDES SERAN UNA LUZ QUE BRILLE EN EL MUNDO.